

## La guerra simple y la guerra profunda

(De la revista *Sur*. Buenos Aires, febrero de 1942.—Es el prólogo a la edición castellana (1942) de la obra: *Chart for rough waters*, de Waldo Frank).

Este libro fué escrito de noviembre de 1939 a enero de 1940. Francia aun permanecía detrás de su línea Maginot. Gran Bretaña aún no había saboreado el amargo fruto de su propia siembra política en Dunkerque y el bombardeo de Londres. Holanda, Bélgica y Escandinavia todavía se aferraban a la ilusión de "neutralidad en una guerra que no nos incumbe". Los aislacionistas de los Estados Unidos eran fuertes; el *America First Committee* reunía quince millones de ellos encabezados por el mecánico de mente mecanizada, Coronel Lindbergh, que fué el héroe de toda una generación americana. Los intelectuales y socialistas, con desgraciadamente pocas excepciones, insistían en que ésta era una "guerra nacional como la pasada", y "era asunto de Europa arreglarse con Hitler" o (lo más monstruoso de todo) que "no había para qué elegir entre el imperialismo británico y el nazi". En cuanto a los comunistas, temedaban torpemente a Moscú; la semana en que apareció el *Itinerario para aguas borrascosas* publicaron una salvaje caricatura donde se presentaba una guardia de corps en que se nos incluía a Lewis Mumford, Achibald MacLeish y a mí, como sirvientes de J. P. Morgan—porque habíamos insistido durante años en que esta guerra era una contra-revolución en la cual se hallaban envueltos todos los hombres, y que más valiera que nos apresuráramos a ayudar a Francia y Gran Bretaña, a menos que América prefiriera luego soportar el embate de la batalla entera.

Todo esto ha cambiado, desde luego; pero profundamente, nada ha cambiado, y por eso mi librito—a pesar de algunas referencias a hechos políticos y militares que ya no son tales hechos—es más oportuno ahora que cuando lo escribí. Francia, por ejemplo, que estaba entonces en la guerra como aliada de Inglaterra, en realidad era ya la Francia dividida, postrada, cuya traición a España y a Checoslovaquia, cuya subordinación a Chamberlain y cuya negativa a cooperar con la Unión Soviética forzó a Rusia a un pacto con Berlín, desató la guerra y atrajo su propia destrucción. Las razones básicas de esta trágica división de Francia, arquetipo de cultura occidental, son el verdadero objeto de estas páginas. Y los Estados Unidos, entonces, no estaban en la guerra. Ahora saben que se hallan envueltos en una lucha militar a muerte con Alemania y Japón. Pero, como en este libro se explica, ya estaban en la Guerra Profunda, de la cual la presente lucha nacional es sólo un síntoma.

Y esta Guerra Profunda, Estados Unidos no la conoce aún; esta Guerra Profunda es una Revolución. Hitler representa, por cierto, las fuerzas contra-revolucionarias de esta lucha, la más crucial desde los comienzos de la historia humana. Pero muchos hombres que están *contra* Hitler están, profundamente, en el mismo lado de la batalla. Y es en nuestra propia psicología, en nuestro arte, en nuestra política, en la vida social y política diaria donde este tomito revela los elementos esenciales de lo que detestamos y combatimos como hitlerismo.

En algunos países (Alemania, Italia, Japón, España), la contra-revolución—que es el asalto contra el hombre y contra lo que yo llamo la Gran Tradición—ya conquistó el Estado. Esta es la "guerra simple" contra ciertas "naciones", en la que debemos triunfar para sobrevivir. Pero el sobrevivir mismo en la guerra simple y en la "paz" que siga, depende de que conozcamos la Guerra Profunda; de que llevemos bien la Guerra Profunda, incluso mientras empleamos nuestras fuerzas en ganar la guerra simple. Y este es el verdadero tema de este pequeño volumen.

Las páginas dedicadas a la Unión Soviética y a las relaciones entre el totalitarismo staliniano y el nazismo son las que satisfacen menos a su autor. No es porque al releerlas, después de más de dos años, las encuentre equivocadas; sino porque las encuentro insuficientes. La visión que yo tenía de la Unión Soviética cuando escribí el *Amanecer en Rusia*, en 1931, aún me parece justa. Nunca perdí la fe en la revolución rusa, que pertenece al pueblo ruso. Pero los peligros que preví entonces, cuyas raíces se hallaban en los hábitos culturales de la vieja Rusia y cuyo crecimiento yo temía *si el mundo capitalista continuaba apartando a la Unión Soviética*: esos peligros han resultado ciertos, demasiado, seguramente. Creo ahora, como creía hace dos años, que Stalin le estrechó la mano a Hitler en el pacto de no agresión y luego se lanzó contra Finlandia por temor de Alemania y justificada desconfianza frente a Francia y Gran Bretaña, que habían desairado insistentemente a los Soviets. Tan pronto como Rusia se desvió de la estricta línea Lenin-Trotsky-Chicherin, de no colaboración con ningún gobierno capitalista y de apelar, por sobre los gobiernos, a todos los pueblos, no quedaba otro camino abierto a Stalin que una política de fuerza.

Creo que tanto Hitler como Stalin estaban "ganando tiempo". Stalin esperaba que Hitler se debilitaría y caería; Hitler esperaba terminar con Francia e Inglaterra. Stalin miraba hacia una paz sin guerra; Hitler miraba hacia una conquista del mundo por trozos. Pero el temor llevó a Hitler contra Rusia en el verano de 1941; no se atrevió a volver todo su poderío contra Inglaterra o hacia el sur, por Turquía, con los ejércitos rusos intactos a sus espaldas. El error de Hitler ha sido el del cobarde y baladrón que se ha excedido en sus fanfarronadas. La tragedia de Stalin fué que había perdido hacia mucho (tal vez con razón) la confianza en los pueblos de occidente para ayudar a su revolución. El error de Hitler lo destruirá. La Unión Soviética, gracias en parte a Hitler, emergerá de la tragedia en una consumación más profunda y real del gran ideal de 1917.

Los ejércitos rusos han combatido tan magníficamente que los mismos que veían a Rusia "toda negra" la pintan ahora "toda blanca". Y esto es meramente el reverso de la manera vaga y estúpida de pensar que ha causado la desgracia de nuestra era... Veamos un momento este asunto del "magnífico combatir". Los rusos luchan bien porque defienden su amada patria y *porque creen totalmente en sus jefes e instituciones*. ¿Demuestra esto que están en lo cierto? Entonces lo mismo debe decirse de los jefes y las instituciones de la Alemania nazi, puesto que los alemanes no han luchado con menos esplendor en el suelo ruso, francés y africano. Es obvio que el factor importante en la calidad del combatir no es el valor de la causa por la cual combaten los soldados, sino su *completa devoción* a ella. A esto se prueba, inversamente, en el caso del mal combatir. Los franceses, aunque estaban defendiendo su amado suelo y una buena causa, no combatieron demasiado bien contra los alemanes, cuya causa era mala. ¿Por qué? Porque su confianza en su Democracia había sido minada por el vergonzoso comportamiento de su República hacia España, hacia sus propios fascistas y en Munich. Años de oportunismo, corrupción y cobardía "democráticas", en asuntos internos y externos, habían nublado la clara mentalidad francesa en lo referente a la realidad de la causa por la cual Francia luchaba. Los franceses creían, aún creen, en la Democracia—pero no de la marca que suministraba el *Front Populaire* (por razones que este libro revela). También los italianos han combatido mal. Y ello prueba que desconfían de su causa fascista. Los alemanes luchan bien por el fascismo (hasta ahora) porque aún creen en él. Los italianos son demasiado inteligentes para creer en el fascismo, y combaten mal. Dos de las naciones más inteligentes del mundo combaten mal; los franceses porque han perdido la confianza en su clase de democracia; los italianos porque son demasiado inteligentes para creer en un Duce.

Hay en esto una lección para nosotros. A diferencia de los alemanes, nosotros los de las Américas, estamos demasiado adelantados en nuestra dedicación a la manera democrática de vivir para que podamos entregarnos de todo corazón a una causa fascista de codicia del poder y de servidumbre. Si por esos disparates y debilidades que este libro discute, llegáramos (como Italia) a ser víctima de nuestros elementos reaccionarios, combatiríamos, no como los estúpidos alemanes, sino probablemente como los italianos. Y sucumbiríamos, como los italianos, ante un enemigo fascista más primitivo y menos dividido que nosotros. Estamos luchando por la Democra-

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA